

ción especial por estas fronteras de la ciencia. La **Poesía y realidad**— aunque sea por lujo retórico—se abre con una referencia a las constelaciones que presidieron su nacimiento. El **Fausto** es un elocuente testimonio del espíritu aventurero. Cuando Goethe se despide de sus amigos Lota y Kestner, los tres convienen en que el primero que muera procurará dar a los supervivientes noticias del otro mundo. No acontecía de otro modo entre William James y Richard Hodgson.

11.—La normalidad se rodea de pequeñas virtudes que la protejan, virtudes a veces de buen vecino y de burgués. No nos desconcierte la palabra burgués, que hoy sólo se usa para designar al enemigo. Antes significaba otra cosa, y en aquel sentido, hay cada líder revolucionario de nuestros días, que vive lo más burguesamente. Goethe no sólo era burgués por su nacimiento. Hacer reservas, irse con prudencia, adelantar con cuidado (el **larvatus prodeo**, de Descartes, en otro sentido más humilde); sacrificar unos años al servicio público para conquistar el derecho a vivir como un pequeño rentista, son todas cualidades burguesas. El mismo dice que a Byron lo perjudicó su situación aristocrática, y hace el elogio de la áurea mediocridad como la mejor condición para el poeta (Eck., 24 - II - 1825). El célebre soneto de Plantino que lo mismo pudiera ser de Horacio, de un Horacio que rezara el rosario y compusiera sonetos —**Avoir une maison commode, prope et belle**—nos da la descripción acabada del estado burgués. Quién sabe si aun aquel desprendimiento de la familia paterna y los amigos de la infancia—en apariencia, angulosidades de un arribismo a lo divino—no sean exigencias de la buena economía, en quien ha aceptado una misión que ha de consumarse tan lejos de Francfort y su mundo. Táctica burguesa, finalmente, el uso y la administración de la vida mundana sólo hasta donde abre las puertas y colabora con la gloria.

Y no es que lo mundano sea necesariamente frívolo. O entonces, tiene aquella frivolidad profunda que Nietzsche encontraba en los griegos. Consiste lo mundano en juntarse para simplemente verse vivir. Para verse vivir conforme a un código riguroso de convenciones que crea, burlándose trágicamente de la naturaleza, prendas y delitos artificiales con premios peligrosos y sanciones terribles. Es una perversión que continuamente sacrifica lo íntimo y lo cordial. Aun la bondad ha de vestirse aquí de acero y hacer méritos de malicia. Entre el torbellino de cortesanos, el Príncipe de Clèves tiene que morir de dolor sin expresarse, mientras la Princesa se mustia en un martirio secreto. Nadie lleva el corazón en la boca: de allí el tremendo ahogo. —Y Goethe, que necesita contar con todo su resuello, y en cuya existencia, a pesar de los pesares, habrá siempre una soledad alpestre, deja el mundo entonces, y se va a la cima de las montañas.—Define Van Tieghem que el sentimiento moderno de las altas cumbres

entra con Goethe en la literatura europea.

12.—En cuanto al sentido de burguesía en política, basta, sin apurar demasiado, que en todas sus obras y fragmentos donde el tema aparece, Goethe respete al pueblo. Se burla, en buen hora, de los charlatanes y agitadores. Reconoce la justificación que asiste al pueblo francés y a todos los pueblos oprimidos. En su aversión a la violencia y a los falsos apóstoles, quisiera hacer la revolución desde arriba para evitar excesos y sangre. Se ha dicho que su **Germán y Dorotea** es la apología del burgués alemán. Por lo demás, nunca admitió que lo clasificaran como conservador, declarando que la mayoría de lo que existe puede ser mejorado. Todo, en su vida y en su obra, respira la más viva simpatía para el artesano y el obrero, a quienes seguramente consideraba como la parte más amena y hermosa de la humanidad, comparándolos con las abejas y con las aves. En su labor de Ministro, su mayor preocupación, su verdadera obra política, consistió en mejorar la condición de los campesinos y labriegos. Verdad es que todavía los consideraba como menores de edad, porque ciertamente lo eran. Y lo son aún para las legislaciones que, al acercarse a ellos, lo hacen con los miramientos y cuidados de una verdadera tutela o guarda de almas. Los cambios políticos y económicos que trajo el siglo XIX no encuentran a Goethe con las puertas cerradas. Al contrario: lo hacen atemperar su individualismo y organizarlo, por decirlo así, en una sociedad del trabajo donde no haya ociosos ni diletantes. En el **Meister**, dibuja una utopía social impregnada de sansimonismo. Su amor al trabajo, lo trae al buen lado y lo hace nuestro.

13.—La normalidad se protege, si hace falta, venciendo el propio corazón. Una y otra vez, a cada etapa de su vida, Goethe huye de otra mujer, huye de la esclavitud de las pasiones, huye con los dioses en el seno como Eneas,—como un Eneas que llevara dentro de sí mismo el incendio. Rueda, y da al fin en el matrimonio, donde buscará un equilibrio y no una fiesta. Al matrimonio de brillo social o aun al matrimonio de compañía intelectual—a lo francamente mundano o a lo francamente bohemio—no se atreve. ¿La galantería? Pase: hasta donde no perturba la vida, la adorna y la acompaña. Pero sea lujo de puertas afue-

ra, en el salón del vecino. Nada de azares en lo íntimo de la propia casa. En materia de matrimonio, Goethe confiesa ser severo, aunque en todo lo demás sea muy tolerante (Eck., 30 - III - 1824). Y lo curioso es que tal declaración de Goethe venga precisamente a sus labios a hablar de las **Afinidades Electivas**, libro que Wordsworth arrojó un día al suelo en presencia de Emerson, por parecerle una obra pecadora. (Añádase el dato a los que trae Carré en sus investigaciones sobre Goethe y la literatura inglesa).

Cierta ocasión, reflexionando sobre la vida de Lope, nos saltó a la cara la evidencia: grande es la responsabilidad de la mujer en la formación del poeta. Al voluptuoso muchacho madrileño, allá en los albores, una mujer lo domesticó poco a poco hacia la depravación. A Elena Osorio son imputables buen número de relieves, arrugas y cicatrices en el alma de Lope de Vega. Hombre de placer, rompió para siempre, en brazos de la comedianta, cierta castidad esencial de todo amor, como la lectura de la **Dorotea** permite apreciarlo. Ya no le pidamos más cuenta de sus actos: mucho es que salve el estro, en la marejada de aquella naturaleza incontenible.—Muy otro es el proceso de Goethe, que a cada trance parece que va a perder pie, y al fin se recobra. Adèle Fanta se queja con razón de los que, con Blaze de Bury, agrupan sumariamente bajo el título de queridas de Goethe a cuantas mujeres trataron con el poeta, desde Augusta de Stolberg, a quien él ni siquiera conoció de vista, hasta Cristiana Vulpius, que fué siempre la mujer de hogar y al cabo su esposa legítima. Larga es la lista: Gretchen, Katchen, Federica, Lota, acaso Maximiliana, Lili, Carlota de Stein, Corona, la marquesa Branconi, la linda milanesa, Faustina... hasta Ulrica la de Marienbad, novia de la vejez. Las primeras encendieron y atizaron el fuego. Goethe escapa, robando para siempre el resabio de emociones que luego verterá en su poesía: ya la emoción de la Margarita abandonada, ya la emoción de la Carlota inaccesible. Mme. de Stein se encarga de apaciguar este fuego, con un riguroso sistema de duchas de agua fría a lo largo de varios años. Y cuando ya el fuego ha aprendido a cundir sin llama y sin estruendo, cuando sirve ya para cocinar el diario alimento de la ternura, aparece Cristiana.—Con Cristiana Vulpius, a quien tanto ha injuriado la posteridad haciéndose eco de los celos de Mme. de Stein y de Bettina Brentano—porque nunca las sirenas perdonan a Penélope—Goethe aprenderá a sustituir el amor-fantasia por el amor-cultivo. A la tibieza de aquel corazón sencillo, se acaban de modelar cien obras maestras. Goethe era ya cuarentón y ella tenía veintitrés años. La mujercita dulce y burguesa—a quien hay que imaginar con una corta cabellera de rizos negros y no con unas largas trenzas rubias de Gretchen, como sueña Blaze de Bury—cura suavemente a su poeta de las heridas con que vuelve del mundo.

Alfonso Reyes

(Seguirá en la próxima entrega.)

INDÍCE



ENTERESE Y ESCOJA:

Benjamín Franklin: <i>El Libro del Hombre de Bien</i>	4.25
Harry Domela: <i>El Falso Príncipe</i>	4.25
León Trozky: <i>La Situación Real de Rusia</i>	3.50
Pío Baroja: <i>Los confidentes audaces</i> . Novela.....	3.50
Luis Araquistain: <i>La Revolución Mexicana. Sus orígenes, sus hombres, su obra</i>	5.00

Solicítelos al ADR. del Rep. Am.